

GENIO Y FIGURA DEL LIBERTADOR



GRABADO DE JESÚS RIVERA

Fulgencio Vargas
Paula Gómez Alonso
Manuel Quiroz Martínez

CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LOS 250
AÑOS DEL NATALICIO DE DON MIGUEL HIDALGO
Y COSTILLA, PADRE DE LA PATRIA, SE PUBLICA
ESTA EDICIÓN Y SU DISTRIBUCIÓN SERÁ GRATUITA,
SIENDO SU FINALIDAD LA DIFUSIÓN

2003. AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,
PADRE DE LA PATRIA
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

ESTADO DE GUANAJUATO
SECRETARÍA DE GOBIERNO
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO
BOISBUNO A. GARCÍA

GENIO Y FIGURA DEL LIBERTADOR

GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO

Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO

Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURIDICOS

Lic. Rosa María Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL

Mtro. Isauro Rionda Arreguín

GENIO Y FIGURA DEL LIBERTADOR

Fulgencio Vargas
Paula Gómez Alonso
Manuel Quiroz Martínez

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Revisión de textos:

Georgina Sosa Alvarez

Captura de texto:

Claudia Vargas Baltierra

Apoyo en cuidado de edición

Jaime Carrillo Carrillo

Digitalización de portada:

Julio César Reyes Aquino

©Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2003

Alhóndiga e Insurgencia N°1

Centro 36000 C.P.

Guanajuato, Guanajuato

☎ 473 732 02 28 y 732 10 52

Impreso y hecho en México

GENIO Y FIGURA DEL LIBERTADOR

FULGENCIO VARGAS

Sabido es que el Padre Hidalgo, fruto del matrimonio de don Cristóbal Hidalgo y Costilla y doña Ana María Gallaga Mandarte y Villaseñor, vino al mundo el 8 de mayo de 1753 en terrenos de la antigua finca de campo denominada Corralejo, de la jurisdicción de Pénjamo, Guanajuato. Esta circunstancia hecha por tierra lo de "noble anciano" y "venerable anciano", calificativos éstos que mal se compadecen con el hombre de cincuenta y siete años, entero fuerte y animoso, de suyo cordial, alegre y hasta festivo, tal y como lo pintan devotos y enemigos al discurrir de los anales de una década trascendente.

Las primeras alboradas, al abrigo y conforto de la casa de la hacienda, cuyo administrador era el susodicho don Cristóbal, pasan inadvertidas para los que se han ocupado de la meritoria existencia del célebre caudillo; sin embargo, tengo para mí que tales alboradas ejercieron poderoso influjo en el ánimo de aquel niño, de espíritu despierto, que convivía con los labriegos y supo cómo alentaban, en degradante promiscuidad los míseros esclavos. Esas imágenes no se borran de la mente de los que a vivir comienzan; muy al contrario, grábanse indelebles y llegan a constituir profundas obsesiones. Hidalgo sabía muy bien de todo esto, y en su breve carrera de adalid y en su amplia y fecunda de pastor de almas, oportunidad sobrada tuvo para comprobarlo y aquilatarlo, ya que la redención de los miserables fue el supremo ideal perseguido a través de magnánimos esfuerzos y de heroicos y sublimes sacrificios.

Cuando a la infancia sucedieron los años moceriles y al remansado vivir

campesino el ajetreo de la grey estudiantil, preparado encontrábase ya “el zorro” para otra guisa de actividades multiformes. Y aunque hay discrepancia en lo que atañe al ingreso al colegio de San Nicolás, de la Valladolid de Michoacán, parece que ello fue a principios de 1765, casi al cumplir los doce años. Ahora bien, todos los biógrafos están contestes al informar que Hidalgo hizo estudios brillantes, lo mismo tratándose del bachillerato de Artes que de Teología, y que este último lo obtuvo a los veinte años de su edad, es decir, en plena y deslumbrante juventud, cuando ya sentía el impulso de las ideas modernas aposentadas en las aulas prestigiosas de un plantel educativo de abolengo, como era el de San Nicolás. Y estas ideas nada tenían que ver, por aquel entonces, con las emanadas de filósofos y enciclopedistas franceses, que han querido atribuírsele; eran el resultado del linaje de doctrinas enseñadas en adelantado instituto por profesores de reconocida competencia. Más tarde vendría el conocimiento de la lengua francesa y la lectura comentada y saboreada de sus clásicos y revolucionarios: la simiente pertenecía a su alma mater.

Con esta suma de conocimientos, nada más seguro que el triunfo definitivo como maestro del Latín, de Filosofía y de Teología, cátedra esta última en la que dio a conocer sus ideas al propósito de la enseñanza moderna de tal disciplina. Razón sustentaba el Dr. José Pérez Calama, al decirle: “Desde ahora llamaré a usted hormiga trabajadora de Minerva, sin omitir el otro epíteto de abeja industriosa, que sabe chupar y sacar de las flores la más delicada miel. Con el jubilo de mi corazón preveo que llegará usted a ser la luz puesta en candelero o ciudad colocada sobre un monte. Veo que es usted muy joven que cual gigante sobrepasa a muchos ancianos que se llaman doctores y grandes teólogos; pero que en realidad son meros ergotistas, cuyos discursos o nociones son como telas de araña, como dijo el verdadero teólogo Melchor Cano”.

Al cabo de veintisiete años de vivir al calor de las aulas beneméritas de San Nicolás, como estudiante, como maestro y como rector abandona el Padre Hidalgo aquellos menesteres apacibles y va en busca del ajetreo parroquial, administrativo y docente de las grandes masas. Primero es Colima, con exigua permanencia de ocho meses; después San Felipe, de 1793 a 1803, y la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, de la que saldría en septiembre de 1810 con carácter de caudillo.

Pudiera creerse, como muchos lo han creído, que esos puestos después de la brillante actuación en Valladolid, equivalieron a un ostracismo, y que el Padre Hidalgo hubo de resentir tamaño apocamiento, que mal sentaba a sus naturales inclinaciones. Y esto no es verdad: el vivir prolífico de aquel hombre insigne tuvo sus espléndidos y dilatados horizontes al arrimo de San Felipe y Dolores. Así como el segundo de los curatos, al decir de Alamán, “mostrábase alegre, comunicativo, chancero y muy afecto a reuniones, bailes, días de campo y toda clase de diversiones”, manteníase igual en Dolores. También aquí hay tertulias, se bailaba, se jugaba malilla, tresillo; se departía sobre ciencias, artes e industrias; se leían periódicos y se comentaban y discutían los asuntos públicos del día. Las conocidas ideas liberales de Hidalgo, que dieron origen a la *Francia Chiquita* de San Felipe, aclimatáronse en Dolores y mantuvieron su preponderancia en menesteres de diversa índole y condición. No se explica de otra suerte cómo en medio tan raquítrico pudieron sostenerse y acrecentarse la escuela y el taller, la viña y el gusano de seda, la alfarería, la curtiduría de pieles y la talabartería, para no hablar de la música, las representaciones teatrales y otras cosas más.

Entonces si familiarizando estuvo el insigne sacerdote con clásicos y revolucionarios franceses; tradujo “El Tartufo”, de Moliere, y “Athalia”, de Racine; leyó y comentó con sus amigos Abad y Queipo, Riaño y Labarrieta las obras de los filósofos y enciclopedistas, desde luego “El Contrato Social”. Pero al calor de todas estas actividades surgía la feliz preparación del amado instituto nicolaíta.

Y cuando la Patria reclamó los servicios del redentor y del caudillo, el Padre Hidalgo mantuvóse a la altura de su deber: proclamó la Independencia de México, abolió la esclavitud y ofrendó su vida generosa en aras de la libertad, cuyo triunfo supremo apenas estamos columbrando en la medianía de la vigésima centuria.

HIDALGO, MAESTRO

PAULA GOMEZ ALONSO

*Con el mayor júbilo de mi corazón preveo, que llegará a ser Vmd.
luz puesta en el candelero o ciudad colocada sobre un Monte.¹*

Las actividades pedagógicas de Hidalgo, son tan importantes y distinguidas como todas las suyas. Nos hemos acostumbrado a considerarlo más por el reformador social, como el iniciador desesperado de una sublevación político militar, y tal vez se han esfumado un poco los veintisiete años, casi la mitad de los que vivió, transcurridos en la vida colegial de San Nicolás, hoy de Hidalgo, cuna de próceres inteligencias, orgullo legítimo de la cultura de nuestro país.

En San Nicolás de Hidalgo, donde Tata Vasco, otro prócer, sembró una simiente inagotable sobre el tronco destrozado de otro foco de cultura indígena, hizo Hidalgo la mayor parte de su vida; llegó allí en la adolescencia, ya letrado por obra de su padre y de sus primeros maestros jesuitas, doctorado, sí, por la naturaleza de su suelo natal, de la que disfrutó ampliamente durante su breve niñez, la cual fabricó su reciedumbre física y su actividad inagotable. Imaginemos al despierto e inquieto chiquillo quien, después de dos años de contacto con los maestros jesuitas, y un año más de vacación en otra de las bellas aldeas cercanas a sus lares, lastimado muy hondamente en su juvenil espíritu por la expulsión de sus maestros, ordenada desde ultramar por los remotos tiranos, arribar a los claustros nicolaítas y arraigar en ellos su

*Para el Congreso de Historia en Guanajuato, con motivo del Segundo Centenario del nacimiento del Padre de la Patria. Mayo de 1953.

¹D. José Pérez Calama, Deán de la Catedral de Morelia al Catedrático D. Miguel Hidalgo, en 1784.

espíritu remotos tiranos, arribar a los claustros nicolaítas y arraigar ellos su espíritu tan hondamente, que su expulsión de ellos, veintisiete años después, sería el primer trago de la cicuta que sus codialogantes habían de hacerle beber, sobre todo en sus últimos días.

Desde luego se distingue como estudiante. Sustenta “actos públicos” (exámenes de distinción) desde en los primeros años de sus estudios. Con esto obtiene una beca de oposición, con lo que se coloca entre los alumnos más selectos. Recuérdese que los estudios en esos tiempos, consistían principalmente en retener los textos de memoria, poderlos repetir palabra por palabra. Quien piense que en esto no hay mérito, debe reflexionar en que, las personas de escasos alcances, si llegaban a poder repetir mecánicamente los capítulos de sus textos, al no comprenderlos ni asimilarlos, o los perdían, o no pasaban jamás de ellos. Para retener las ideas, había que pensarlas con la propia cabeza; fundarse en ciertos recursos mnemónicos de interpretación; plantar “postes de señales” dentro del pensamiento y de la memoria, y poseer una agilidad mental muy peculiar. El sistema textual tenía entre otros objetivos, conservar “la pureza” de las doctrinas, evitar dispersiones, uniformar a la totalidad de las mentes en ciertos cartabones: como quien dice, frenar la inteligencia en su dialéctica inacabable. Cuando esto se conseguía, de seguro el estudiante era un mediocre. Pero en el caso de Hidalgo, muy pronto empezó a alarmar a todos sus colegas, por pensar con su propia cabeza; ese fue el primero de sus delitos. El becado de oposición, tenía como privilegios (Banovit): *Examinar anualmente a los demás colegiales, sustituir a los profesores que por enfermedad o alguna causa faltaban incidentalmente a sus cátedras, presidir las Academias y ayudar al Vice Rector en celar durante las boras de estudio y demás distribuciones del Colegio, por esto el decir que el Br. D. Miguel Hidalgo gozó una de esas becas que ocupó un lugar culminante entre sus compañeros de estudio.*

Aquí fue donde Hidalgo hizo sus primeras armas como maestro. Su vivacidad, su simpatía, la claridad de su talento, deben haberle facilitado mucho sus labores entre sus compañeros, muy poco más jóvenes que él. Debió haberse dado cuenta muy pronto, de que él comprendía y asimilaba las cosas más rápidamente y mejor que muchos; de su capacidad de pensar por si mismo; de sus derechos a hacerlo; de su habilidad dialéctica. Este trato con

discípulos muy poco menores que él, debe haberle dado una gran seguridad sobre si mismo, sobre su propio poder intelectual. Además, deben haberle infundido la paciencia y el instinto paternal que tan bien supo aplicar en las demás etapas de su vida; instinto paternal que amplió su corazón hasta llevarlo a la dura paternidad de la patria. Seguramente que estas primeras experiencias lo decidieron en su carrera magisterial. Cuando, sin haberse separado del Colegio, con la absoluta naturalidad y con el perfecto derecho del alumno distinguido (tal como lo estatuyó D. Vasco), se presentó la oportunidad, debe haber ingresado con verdadero júbilo al magisterio dentro de su propio Colegio. Sus cátedras de Filosofía y de Teología estaban adecuadas a su propia manera de ser. La discusión, el apurar el pensamiento, el depurar la palabra hasta hacerla expresar en verdad lo que se quiere que se exprese; el análisis del pensamiento, y allí, en lo íntimo, la comparación del mundo teórico en que sumergía su mente y la realidad viviente que no le era desconocida, fueron dándole cada vez más una agilidad dialéctica como muy pocos pueden haberla tenido. Viene aquí su famosa disertación que le valiera las dos medallas de plata, la magnífica carta del Dr. Pérez Calama y la modificación de los sistemas de enseñanza, hasta lograr la adopción de un nuevo texto. Esta famosa disertación en una obra exclusivamente pedagógica, fruto de una experiencia inteligente en la enseñanza, disertación que solamente un maestro por vocación, con amor a su carrera y a sus alumnos, a la juventud en general, podría haberla escrito. En ella pide algo que en nuestros días podría interpretarse como “vitalización de la enseñanza”; algo equivalente a “presentar al alumno la realidad, y librarlo del verbalismo”; llevarlo a terrenos mucho más prácticos que los estériles escarceos verbales en que se perdían los estudiantes de aquella época. Esto es entender verdaderamente las finalidades de la enseñanza, por una parte, y las condiciones del alumno, por la otra; y la ciencia de la educación se compone principalmente de esos dos temas. Por esta disertación podemos considerar a Hidalgo como un distinguido pedagogo, que se adelantó muchos años en sus doctrinas sobre la enseñanza. Por esta disertación recibió Hidalgo las proféticas palabras del Dr. Pérez Calama, que nos sirven de epígrafe, y estas otras más que también tomamos de Bonaviti: “Veo que es Vmd. un joven que cual gigante sobrepuja a muchos ancianos que se llaman Doctores y Grandes Theólogos pero que en realidad son meros

orgotistas, cuyos discursos o nociones son telas de araña” . . . ¡Esto en 1784, dicho con entusiasmo por un ilustre español de un remoto catedrático criollo perdido en la Nueva España! Y Bonavit subraya así la calidad del que elogia: “Ahora bien, para fijar la importancia a esta opinión del Sr. Calama se le puede dar, diremos que fue profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca, Doctor Teólogo de la Universidad de Avila, Opositor de oficio a las catedrales de España, Teólogo de Cámara de uno de los señores Obispos de la ciudad de Puebla en nuestro país, Rector, Catedrático de Teología y Regente de estudios del Seminario Palafoxiano y cura de la catedral de la misma ciudad de Puebla. Medio racionario, lectoral, Deán y Visitador en nuestro Obispado de Michoacán, de donde pasó a ocupar la sede episcopal de Quito”. Esta era la alta calidad del que elogia a nuestro Maestro, al Maestro de México, o como muy acertadamente se ha propuesto por alguien para honrarlo en nuestros días, al Doctor de América. Esta era la calidad de la persona que premió al joven Hidalgo, en sus treinta y un años de edad. Las palabras del Dr. Calama bastaran para darle la razón a Hidalgo en muchas de sus discusiones y en la mayoría de sus críticas a las gentes y a los sistemas de su época. Sólo un pedagogo consumado podría “después de descubrir con 11111fácil y elegante palabra los diferentes sistemas de estudiar Teología Escolástica y señalar el que le parecía mejor para este objeto, terminaba su disertación exponiendo los convenientes que encontraba en el Cliepo para comenzar en ese libro los estudios de Teología” (Bonavit). Aún hemos de agregar un comentario elogioso del que han de participar el Dr. Pérez Calama y el Maestro Hidalgo. Ambos unen gloriosamente la práctica a la teoría, ambos descienden al pueblo (y vaya si había entonces distancias) El Dr. Pérez Calama se muestra activismo en buscar los remedios contra el hambre que se abatió sobre nuestro país en “el año del hambre”, 1785 a 1786; organizó brigadas de socorro, y personalmente servía él un plato de arroz y cuatro tortillas a cada uno de los hambrientos que se presentaban a su provisorio, después de organizarlos y ordenarlos para leer más rápido y justiciero el reparto, que indudablemente no era efectivo si se confiaba a segundas manos (Nota de Bonavit). Este rasgo pinta como todo un hombre al Dr. Pérez Calama, que no se contentaba, como no se contentó Hidalgo, con encerrarse entre libros, sino que sabía salir a hacerle frente a la miseria y al sufrimiento de los desposeídos, como lo hizo

después Hidalgo.

Continuando con las brillantes actuaciones pedagógicas de Hidalgo, hemos de anotar el hecho de haber guiado individualmente sus alumnos en su exámenes públicos (“actos”), hasta obligarlos a triunfar brillantemente en ellos. D. Antonio Texeda, defendió el texto del P. Serry, preferido por Hidalgo; esta defensa motivó la aceptación del citado texto, y el sustentante obtuvo una cátedra vacante de Filosofía. D. Juan Antonio de Salvador, defendió la Historia Eclesiástica del P. Graveson, y obtuvo la cátedra de Gramática. Pensemos en el empeño, en los desvelos, en el tiempo que dedicaría el ilustre Maestro para preparar a sus alumnos en esta trascendental actividad. Ya no es el sustentante, lo que es menos difícil; ya es otro el que va hablar por él, el que va a desarrollar las habilidades dialécticas que el maestro le ha enseñado. A pesar de sus seguridades y de su aplomo, nos los imaginamos pendiente de las palabras de sus alumnos, en angustiosa expectativa, abrumado con el menor error que pudieran insinuar en sus disertaciones, alerta a los posibles olvidos, y lleno de júbilo, con el júbilo un poco infantil de los maestros ante los triunfos y los aciertos de sus alumnos. Vivió esa vida que todos los maestros hemos vivido, con sencillez y naturalidad, para que hoy se nos hincha el pecho con el orgullo de considerarlo un colega.

Continúa su vida en el Colegio, la cual no ha de dejar voluntariamente. Es su mundo, su cielo, su entraña, su todo. Poco a poco va identificándose con el colegio; no puede imaginarse la vida fuera de él. Hay y ha habido maestros así. Todo el Colegio le interesa; todos los alumnos son sus alumnos, lo llaman Maestro aunque materialmente no entren a sus clases, como Morelos. El conversa y discute con todos; indudablemente hay algunos criollos como él, arraigados a esa tierra como él, resentidos de la injusticia colonial como él, con quienes puede hablar de cosas trascendentales que no están en los libros de texto, y que pueden llegar a ser peligrosos. La huella que estas conversaciones haya dejado es tan honda, tan honda, que alcanza las raíces de la Patria.

Esta vida en el colegio, este arraigo suyo en la vida de estudio y en el ambiente intelectual, se debe a su vocación pedagógica. Podría haber salido a la práctica de su ministerio, y en los años que duró en la escuela ir mejorando de curatos hasta llegar al mejor a que un criollo podría aspirar; dedicarse a negocios que lo rindieran provecho y hacer una vida plácida y regalona, muy

posible en esos tiempos. Pero sus inquietudes intelectuales, y su vocación dialéctica lo identifican en el mundo colegial. Llega por eso a ser tesorero, Vice-Rector, Rector. D. Luis Castillo Ledón nos dice en este momento: "Su gestión directa en el colegio empezó a distinguirse, desde luego, por un mejor trato moral y material para los colegiados. La disciplina se hizo un poco menos rígida, los alojamientos y la habitación sensiblemente mejores, toda vez que el puesto de tesorero le servía a Hidalgo para disponer de fondos, con largueza". Había sido colegial interno; ninguno mejor que él para saber los sufrimientos del internado. Mas nótese los avances de su pensamiento pedagógico: mejorar materialmente, en alimentos y en comodidad. No el sufrimiento impuesto por las autoridades para ejercitar la paciencia y quebrantar el cuerpo. Y sobre todo, suavizar la disciplina. Es decir, "humanizar", considerar al alumno como un ser humano, y no pensar ni obligarlo a pensar en la autoridad como en una divinidad omnipotente y terrible. La severidad de la disciplina viene de muchas fuentes: exhibición y lujo de autoridad (quien menos vale más se hace tiránico en una escuela); envidia del maestro mezquino hacia la fresca y espontánea felicidad juvenil; abuso de poder por complejo de inferioridad: ese poder no se ejercitaría jamás sobre mayores, pero se abusa de él con los menores. En el fondo teórico, ideas imperialistas, mística esclavista, etc.. Nada de esto padecía Hidalgo, empapado en las doctrinas liberales, decidido a poner en práctica sus pensamientos. Mas, a pesar de moverse en el medio más distinguido del país, a pesar de vivir entre intelectuales, no deja de ser víctima de continuas y mezquinas vigilancias, de quisquillosas suspicacias, de intriguillas envidiosas a que tan dados son los mediocres. Sus discusiones, vivas y en ocasiones sarcásticas, de seguro siempre atrevidas e imprudentes, le van suscitando enemigos. La mayor injuria que se le puede hacer a un hombre es decirle "tonto", y se le dice así cuando se le vence en una discusión, cuando se le refuta y se le deja sin argumentos. Tal hacia Sócrates, y fue acusado de lo mismo que Hidalgo: impiedad, herejía, blasfemia, etc. Bulnes nota con sagacidad las semejanzas y los puntos de contacto que podemos encontrar entre Sócrates e Hidalgo. Son varios. Pero este es uno de los más claros. El vencido dialécticamente, no puede conformarse con su derrota: necesita achacarle a su vencedor las peores armas, y ¿cuáles peores en el pacato medio colonial, colegial, conventual y provinciano, que el

materialismo, el ateísmo, el liberalismo y demás horrores? Sin entender de seguro estos cuatro espeluznantes “ismos” podían ser achacados a Hidalgo. De cualquier manera, tan vivaz y libre Rector era un peligro. Cien años antes, los mismos poderes habían silenciado a Sor Juana, precursora de la emancipación de su país. A Hidalgo no podrían silenciarlo mientras en el colegio estuviera. La inmolación se consumó. La manera mejor de sepultarlo, era enviarlo a un curato lejano y olvidado, de escaso ambiente intelectual: allí no podía discutir con sus vivases alumnos criollos, el futuro de su país. Se creyó pues, nulificarlo enviándolo a Colima. Pero, el alma de maestro que había en el cura, no se abatió con este golpe. Siguió siendo Maestro, hasta llegar a serlo del mundo.

I

“- Para hacer una campana grande, grande, que se oiga en todo el mundo”.

Hidalgo, en Colima.

¡Que contraste entre sus veintisiete años escolares y la pasividad de un curato criollo, tropicalmente quieto! Pero Hidalgo no fue nunca un resignado ni un mediocre. En los ocho meses que gobernó el curato colimense, inició su nuevo estilo de vida cural, también personalísimo. Al retirarse de Colima, es otra vez el gran pedagogo, amante de la niñez desvalida de su patria: “... tiene el bello gesto de obsequiar su casa al Ayuntamiento, para que en ella se funda una escuela gratuita, ya que las que existían eran particulares y de paga” ... (Castillo Ledón). Esa casa la había comprado para vivirla, era amplia y soleada. ¿Iba a cometer la vulgaridad de malbaratarla de prisa, para irse a su nuevo curato? ¿A regalarla a conventos o a sus sucesores? No. Le dio el mejor destino que pudo darle: escuela para niños pobres, que no podían ir a las escuelas particulares, de paga. ¿Qué prueba más clara queremos tener de su espíritu de educador? Y esto era unos cuantos meses después de haber recibido uno de los golpes más 111 duros de su vida: el destierro de su colegio, entraña de su vida, asiento de su adolescencia, de su juventud, y de buena parte de su madurez, pues lo dejó cerca de los cuarenta años, cuando había ingresado en él todavía con la leche en los labios.

Vamos con él a San Felipe, otra vez en su tierra natal. En pequeño, naturalmente con sus escasos recursos, inicia la industrialización del país, trata de mejorar los cultivos y de evitar el monocultivo: problemas nacionales de hoy, que él se había planteado ya. En pequeño también organiza su *Francia Chiquita*. Allí. Como todo un pedagogo social, como todo un documentado actual sobre la “educación extra-escolar” musa del teatro para educar al pueblo, y se pone él mismo a traducir *Tartufo* (acaba de ser hecho un estudio de Hidalgo como traductor de *Tartufo*), entre los que se ha suscitado la celebración de su centenario. Su actividad en San Felipe lo hace maestro nuevamente, no solo maestro popular, sino de los que le ayudan en su ministerio. Veamos otro párrafo de D. Luis Castillo Ledón, su muy digno biógrafo: “Miguel se prodiga en sus atenciones que día a día toma con mayor entusiasmo, eficazmente auxiliado por el presbítero José Martín García Carrasquedo, antiguo familiar del señor obispo fray Antonio de San Miguel, quien de modo expreso se lo enviara con carácter de vicario y que llega a identificarse con él, en ocasión y en pensamientos, al grado de llegar a ser considerado como su verdadero discípulo”. Su calidad de maestro se imponía, pues aún a los que no habían sido sus discípulos, aun los que por cualquier motivo tenían algún contacto con él. Lo que Hidalgo hizo en S. Felipe, y después en Dolores, se parece algo a la obra de D. Vasco, en la antigüedad, y un poco a lo que nuestro Estado Revolucionario de este siglo ha querido hacer en las Misiones Culturales. Hidalgo resulta así, discípulo de D. Vasco, y Maestro, siempre Maestro, del México rural de nuestros días; y nótese que las misiones culturales constituyen uno de los más puros triunfos educativos de México.

Por fin en Dolores, repitiendo en mayor escala su obra de S. Felipe, Hidalgo “por las noches reúne a sus obreros en su hogar y les da lecciones orales de todas sus industrias” (Castillo Ledón). No hay problema educativo que no haya atacado con éxito. Su aprendizaje del otomí, en aquellas vacaciones que su padre le concediera a raíz de la expulsión de los jesuitas y antes de su ingreso a S. Nicolás, lo documentaron sobre las necesidades del indígena, especialmente en materia educativa. Paso los mejores años de su vida, como catedrático nicolaíta, profesando todas las materias o la mayor parte de las que en su colegio se cursaban, y además, como tesorero, Vice Rector y Rector, organizando la marcha escolar, en obra pedagógica de conjunto. Cede en Colima su casa

para una escuela primaria, gratuita, para los niños pobres; establece las misiones culturales de S. Felipe y de Dolores; funda y atiende escuela nocturna de obreros. Parécenos estar estudiando la vida de alguno de los mas insignes pedagogos, nacional o extranjero.

Aún no se agotan nuestras observaciones y glosas de su labor de Maestro. Pasando por alto las juntas y sociedades literarias con que se disfrazaron sus conspiraciones, en las que su verbo ardiente de reformador debió haber arrebatado a sus contertulios, y haberlos decidido a entregar vida y hacienda a la causa de la patria, pasando por alto estas actividades de orador y de maestro, fijaremos de nuestra atención en la otra figura egregia de nuestros próceres: en Morelos. Como por un contacto eléctrico, como por un conjuro largamente esperado, surge Morelos de la paz de su curato y se lanza, al grito del Maestro, a la conquista de patria y de ley. Apuntamos arriba, brevemente, el hecho de la estancia de Morelos en S. Nicolás, sin haber sido discípulo directo de Hidalgo. Las indudables conversaciones, los ocultos ideales expuestos veladamente, la fogosidad y el vigor intelectuales de Hidalgo, deben haber sacudido tan profundamente el espíritu del otro caudillo, que al tener noticia de que el maestro le lanzaba desde los mundos de la teoría y del ensueño teórico, a las ásperas realizaciones de la práctica, se lanzó también, sin armas y sin preparativos, con la audacia y la confianza del que lucha por la justicia, en seguimiento de las huellas del Maestro.

El encuentro en Charo, esa reunión de titanes, es de tal manera trascendental para nuestros destinos, que lo que en largas conversaciones de los dos patrios se trató, seguramente fueron las bases de nuestra nacionalidad. Pues también, para gloria de nuestra pedagogía nacional, este encuentro en Charo es, en rigor, "un hecho pedagógico". Con sus capacidades de maestro, Hidalgo atrajo a Morelos con esa ciega fe tan conmovedora. Con sus capacidades de maestro, y de dialéctico, durante los memorables dos días 20 y 22 de octubre de 1810, Hidalgo planeó ante Morelos, y seguramente discutió con él y recibió de él también muy valiosas ideas. Dice Castillo Ledón: "Hidalgo presintió en Morelos un gran espíritu, un ser de valor desmedido, un excepcional hombre de acción, y amplió sus instrucciones verbales haciéndole indicaciones respecto a la organización del futuro gobierno emanado de la revolución, plan que venía fraguando en su mente". En un diálogo entre maestro y alumno se

fraguaba la patria. Hidalgo no se equivocaba con respecto de Morelos, puesto que su hábito de estudiar a sus alumnos le hacia conocer mucho de sus posibilidades. Hoy, cuando escuchamos o leemos esas comparaciones (odiosas como toda comparación) en las que se concede a Morelos la superioridad sobre Hidalgo, no podemos menos de considerar la poca profundidad de quien pretende comparar la rosa con su raíz. Si Morelos superó a Hidalgo en más de un aspecto, esta misma superación es gloria para Hidalgo, pues recordemos que puede decirse “desdichado el maestro cuyos alumnos no lo superan: no era tan excelente maestro como para ello”.

Durante su campaña, no dejó nunca su carácter de maestro: al abolir la esclavitud, al fundar periódicos, al procurar la disciplina y la moralización de sus tropas. Pero sobre todo, fue un maestro supremo en la adversidad y en la muerte. El estudio de sus últimos, desgarradores días, es de muy grande provecho, y constituye una de las más vivas lecciones que un mexicano puede recibir.

La evolución intelectual del hombre., ha sido muy lenta, a través de los siglos. Del tabú al mito, de éste a la leyenda, se recorren parecidas distancias a las que hay de la horda a la tribu, y de ésta al imperio. Para transformar una forma social, para organizar un país, para liberar una nación, para hacerla dar pasos hacia delante precipitando su evolución, el maestro es un factor indispensable, y de hecho ha sido uno de los fustigadores del adelanto humano. El maestro y los institutos de enseñanza, donde madura el pensamiento y la palabra se acrisola hasta convertirse en vibrante acicate de la acción, han sido con mucha frecuencia, las fuentes del progreso de la humanidad. Ejemplo insigne de esta obra fue el Colegio de S. Nicolás, y su egregio Rector y Catedrático. S. Nicolás ha mantenido el lustre de su tradición; para sus maestros, como para todos los maestros de México, nos ha donado un alto paradigma: el Maestro de la Patria.

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Su personalidad vista en el bicentenario de su nacimiento

8 de Mayo 1753-1953.

MANUEL QUIROZ MARTÍNEZ

En una filosofía esencialmente humanista, los hombres más grandes son aquellos que más sirven a los demás; concepción que da alto relieve a las más nobles virtudes del hombre, a aquellas que han de caracterizarlo como el ser superior junto a los demás. Porque si su inteligencia le da innegable superioridad, posee un signo más valioso aún que el de la razón: el sentimiento, como expresión natural y espontánea, que, libre de todo interesado cálculo, lo identifica con sus semejantes y le estimula mejores obras.

La fuerza del recíproco amor, resultante, es tan grande, que se convierte en unidad de medida para las demás expresiones afectivas.

Justo, natural y debido es, por lo demás, que el amor paternal —como fuerza suprema que ampara y garantiza la subsistencia del hijo inerme e impotente— se exalte y santifique; pero suprema santidad merece el amor que el hombre despliega por los demás, cuando lo sublimiza con el sacrificio mismo de la vida.

Admirado es el hombre que, en efectos que, en lucha por servicio ajeno, pierde la vida; más cuando ese sacrificio no llega como accidente, sino como resultado de un plan concebido en plenitud con la conciencia, tal sacrificio llega a lo excelso.

Este es, en último análisis, el caso que identifica la grandeza del promotor de la nacionalidad mexicana, Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Nuestro Hidalgo desarrolló su vida en un ambiente en que el dolor humano, el del oprimido, y la maldad humana, la del opresor, fueron el acicate que estimuló, modeló e hizo actual su noble personalidad.

Por tan concentradas y nobles virtudes que nadie puede discutirle, y por una conciencia de justicia, Don Miguel Hidalgo, el Cura de Dolores, es alma, cerebro y brazo de la lucha emancipadora de 1810.

Alma porque constituye la fuerza creadora, esencial y constante del proceso psicosociológico que dio forma y cuerpo al pensamiento libertario y organizador de 1810, en cuyo hecho, si la influencia filosófica de los enciclopedistas franceses que nutrieron su inteligencia no hubiese sido bastante, si lo fue el trueque, en acción de su propia filosofía cristiana florecida en el mundo de dolor en que vivió.

Se requirió en Hidalgo, en el hombre pensante, en el filósofo, en el sacerdote humanista de verdad, la concepción más noble de la vista para que la razón, la justicia y el derecho individual y colectivo de los hombres, fuesen características de las decisiones sociales, políticas y militares que acometió.

Estas fuerzas psíquicas, en el hombre de 57 años que habían madurado y consolidándose para producir la más valiente rebeldía contra toda la fuerza y contra todo poder esclavistas.

La psicología del hispano opresor le proporcionó la acción decisiva; una manifiesta desconfianza y subestima del español peninsular por el español americano o criollo; la explotación cruel, profundamente inhumana, del indio americano por el colono; la inexorable opresión de la conciencia por el Santo Oficio inquisitorial trasplantado a Nueva España; todo esto contribuyó a la decisión de Hidalgo y de sus compañeros.

Ciertamente que durante los tres siglos de dominación ibera en México y en América, hubo espíritus humanistas y humanitarios que no vacilaron en hacer su parte en la obra defensiva de la raza oprimida; fray Bartolomé de las Casas, "El Padre de los Indios"; fray Vasco de Quiroga, el insigne apóstol y educador de los tarascos; fray Toribio de Benavente, el dulce y noble Motolinía; fray Junípero Serra, el civilizador de las remotas Californias; el padre José Eusebio Kino, primer impulsor del Noroeste, y otros muchos más, humildes y olvidados en las serranías o en los desiertos americanos; pero ellos no alcanzaron la suprema fortaleza de Hidalgo-Caudillo, que lo condujo, con la valentía más relevante en aquellos tiempos y en aquellos lugares, a una lucha decidida y desigual por la independencia y la libertad de un pueblo en formación, y al sacrificio de la vida y de la de sus compañeros.

EL SACERDOTE. Cuando el sacerdote, no importa su religión, se identifica con el hombre y le conduce y le ayuda en planos progresivos, resulta el hombre bueno, el hombre tipo de todas las latitudes y de todos los tiempos. Por eso todos querríamos que los sacerdotes fueran como lo fue Hidalgo; el hombre identificado con el hombre; el hombre amante del hombre, el sacerdote en busca del mayor bien para sus feligreses; el sacerdote a un mismo tiempo padre de los humildes, su guía y servidor leal, con lealtad humana exenta de todo cálculo maligno; maestro, cultivador solícito de las potencias nobles que sólo esperan el instante preciso para manifestarse; hermano caritativo, capaz de sufrir la amargura ajena y de saborear el lícito placer de los demás; noble defensor, dispuesto a arrostrar peligros y aún a sacrificar la vida por sus semejantes.

Y que raro es encontrar estas excelsas virtudes aún en quienes, por profesión, a ojos profanos, la cultivan. Porque si hay miríadas de sacerdotes de todas las filosofías religiosas, hay apenas unas cuantas centenas de los tamaños de nuestro héroe: emancipador de esclavos, soñador, creyente y creador de una nacionalidad emergida de un caos de ignorancia, de prejuicios, de miseria y de abominable opresión.

El mundo está siempre deseoso y necesitado de sacerdotes de la magnitud de nuestro Cura Hidalgo, de nuestro Cura Morelos, de nuestros misioneros legendarios.

Su humanismo llevolo a la consignación de uno de sus más grandiosos actos políticos como insurgente y como americano: el de la emancipación de los esclavos y la supresión por siempre de la esclavitud en tierras de América, contenido en su célebre Decreto-Proclama expedido en Guadalajara el 29 de noviembre de 1810.

El mismo sentimiento y una mirada, si inicial, profunda hacia el porvenir, le hizo dotar de tierras, el 30 de septiembre de 1810, a los peones de la hacienda de San Nicolás de Cerritos, del hoy municipio de Silao, bosquejando así el primer esfuerzo agrarista en tierras americanas.²

EL HUMANISTA. Por naturaleza individual y por función profesional, no menos que por su cultura filosófica, fue Hidalgo una personalidad profundamente penetrada de pensamiento y sensibilidad cristianos, que lo condujeron a una compenetración con las masas humildes, más exaltada esa

penetración mientras más fuertes fueron los ejemplos que palpaba en las comunidades que fueron sus feligresías y ambientes de acción sacerdotal: Valladolid, Colima, San Felipe y Dolores.

Fue evidente que los ejemplos más vivos, más intensamente impresionantes, fueron los múltiples y cotidianos observadores en el trato crudelísimo e inmisericorde, que el conquistador dió a la raza conquistada.

Este trato del español peninsular al terrigeno americano, es un filón rico en estudio, que no ha sido analizado aún con suficiencia.

Sentimientos humanitarios, caridad cristiana, cálculo del mayor provecho susceptible de rendir el trabajador mejor nutrido y tratado, fueron estados psíquicos que nada valieron ante la insaciable sed acumulativa de riqueza del colono. Hasta su cruce con la raza humillada, cuyo producto fue el mestizo, no tuvo como origen una identidad afectiva de hombre y mujer, sino la satisfacción de una necesidad puramente biológica.

La imposición de una religión, si bella y profunda en sus principios, como el cristianismo, no podía caber, con sus dogmas, en el pensamiento indígena, de filosofía diferente, en su etapa politeísta, y hubo de producir una necesaria ficción, no sólo en el indígena americano, sino aun en los propios colonizadores de credos diferentes y en los criollos y mestizos.

Toda concepción religiosa es producto de un proceso filosófico, y una filosofía requiere la posesión de una mente cultivada y libre, y mientras estas condiciones no se satisfagan, las religiones no serán sino prácticas mecánicas, artificio habitual, y no producto de convicción fecunda y de sentimientos auténticos. Sólo la fe ocupará aquí su lugar prominente.

En este campo inmenso de dolores y de ignorancia se devolvió el espíritu sensible del Padre Hidalgo. De este fondo, confuso y desequilibrado, surgió su conducta como hombre, y confortado por las orientaciones filosóficas de los enciclopedistas franceses, forjó su alma, profundamente humana, en función de los sufrimientos del pueblo que se formaba. De este conocimiento del medio en que ejerció sus funciones sacerdotales nació su devoción por el bien;

² Investigación del Sr. Profesor de la Universidad de Guanajuato. J. Guerra y Aguilar, publicada en el N° 1 del periódico "La Cuna del libertador", correspondiente al 8 de febrero de 1953." Guanajuato, Gto.

de aquí surgieron sus ansias por defender a sus semejantes, y de esa vida preocupada nació su pensamiento por la liberación de las masas oprimidas, pensamiento del que contagió a sus amigos confidentes, en quienes encontró identidad para sentir y para obrar.

Tales fuerzas internas, tales preocupaciones del espíritu, llevaronle con sus compañeros a la lucha desigual y temeraria, pero indispensable y única para alcanzar la libertad, con la conciencia segura y clara del sacrificio de la vida, pero cuya pérdida, pensó, bien valía el soñado bienestar de las masas irredentas americanas.

He aquí por qué, bastaría ese pensamiento libertario de Hidalgo y su decisión, para inmortalizarlo, no sólo ante el pueblo sino ante muchos pueblos.

De aquí la devoción y el profundo respeto de los mexicanos de hoy por uno de los más grandes forjadores de su nacionalidad.

El proceso de su excomunión y de su degradación canónicos, sólo corroboran, con la certeza que da el paso del tiempo, que si su conducta como sacerdote y como hombre no se acomodó a un sacerdocio acomodado y cooperante con el despotismo español de la época, si se identificó, desde entonces, hasta ahora y por siempre, con el ansia jamás contenible del espíritu humano en lucha por su liberación y por un bienestar que aun no alcanza.

EL SOLDADO. Tan disímula con la ciencia y el arte de la guerra fue la profesión del sacerdocio cristiano, con el que forzosamente tuvo que connaturalizarse el héroe, que independientemente de la capacidad que su extensa cultura haya podido allegarle, no se le pueden suponer dotes militares cercanas a las que debe poseer un técnico profesional; pero la cultura misma de que fue dueño y nadie le puede discutir; (porque su condición de sacerdote no implicó como otros muchos casos de entonces y de ahora lo corroboran, una cultura inferior, sino, solo jerárquica y pasionalmente menospreciada); esa cultura del "enciclopedista", y su intuición fácilmente desenvuelta ante el imperio apremiante de los hechos, contribuyeron a su intervención autorizada en la discusión de los problemas militares a que se enfrentó al lado de sus capitanes, sí de carrera, como Allende y Aldama, sus colaboradores y a la vez responsables.

De consideración fundamental es, además, la magnitud de las grandes

masas que Hidalgo reunió bajo sus banderas. Fueron masas de labriegos, de gentes ayunas de toda preparación militar y, sobre todo, exentas de la conciencia de disciplina, base primordial cohesiva de un ejército.

Y si las numerosas masas insurgentes carecieron de toda disciplina en la acepción militar de este concepto, igualmente carecieron de instrucción en el manejo de las armas, porque ni antes ni entonces las tuvieron. Su armamento inicial constituyólo su equipo de labranza como es sobradamente sabido, y el equipo que sólo más tarde adquirieron, fue el muy escaso arrebatado a sus enemigos, insuficiente, en absoluto, para un ejército que pudiese contender en condiciones de igualdad con el ejército realista.

La fuerza que en los grandes combates sostenidos con el enemigo, hizo triunfar a las masas de Hidalgo, fue su número abrumador, su entusiasmo, el ansia por su independencia junto al ingente deseo de justicia, y al sentimiento de vengar la crueldad, el despotismo, la acción imperiosa e inhumana del español.

Esa carencia casi completa de fuerza cohesiva disciplinaria en las huestes insurgentes y la ausencia de armamento adecuado, constituyó, de seguro, la primera y más constante preocupación de Hidalgo y de sus compañeros, y fue esa la causa original de su derrota en el Puente de Calderón después de que —muy probablemente, por deficiente concepto militar— no aprovecharon el que pudo ser determinante triunfo del Monte de las Cruces en función con la toma de la capital del Virreinato. La desconfianza en armamento y disciplina de sus huestes, les determinó a alejarse de la Capital.

A pesar de todo, su condición de sacerdote, no tenía que excluirle capacidades militares —que pudo haber desenvuelto si hubiera actuado durante mayor tiempo—. Ejemplo evidente de esa capacidad lo tenemos en otro sacerdote, de enorme personalidad, Don José María Morelos, y en otros muchos que si actuaron como subalternos o en menor radio de acción, sus eventos insinuaron sus capacidades guerreras. La vida moderna y contemporánea de México, ha venido demostrando la existencia de capacidades militares potenciales en el mexicano y ello nos conduce al reconocimiento de idénticos dones en Hidalgo, considerando en su momento histórico especial.

EL PATRIOTA. La posesión de esta adjetividad supone la existencia de una Patria. Una Patria, a su vez, supone la existencia de un grupo humano or

ganizado, con atributo esencial como carácter constante: *la libertad*.

Por otra parte, patriota es el hombre amante de su Patria, identificándolo en plenitud con ella.

¿Pero a qué Patria habría de referir el patriotismo de Hidalgo? La entidad Patria, como decimos entre otros atributos identificativos, reconoce como fuerza central y característica de esencia, la libertad, suprema calidad ésta que el conglomerado físico y humano que más tarde habría de constituir la Nacionalidad Mexicana, entonces, en 1810, no tenía.

La Patria antigua, la original, la que se forjó por el esfuerzo de los viejos aborígenes, domeñadores de la naturaleza americana, habíase extinguido en 1521, con la última heroica defensa de la legendaria Tenochtitlán y, sucesivamente, después, con el sometimiento de los demás grupos conquistados por la fuerza del ibero.

La nueva estructura humana del coloniaje de tres siglos, en 1810, si contaba con la masa indígena, está, -salvo las excepciones constituidas por los grupos refugiados en las más altas montañas y abruptas serranías- hallábase deprimida y diezmada por el rudo trabajo a que la codicia del conquistador la sometió y por la imposición moral del mismo; pero sin resignación, que nunca tuvo ni podía tener, conservó sus ansias por la libertad, y una sed de venganza explicable y no exenta de justicia. Mas junto a esta masa había surgido ya otro elemento étnico, -que al correr del tiempo, habría de ser el dominante- con capacidades para construir una Patria: el tipo mestizo, fuertemente impregnado de sangre aborígen y provisto de una irreductible pasión por la libertad, tal vez en la forma en que entonces pudo concebirla, pero con anhelo constante hacia ella.

Este fue el segundo elemento humano de los que dieron base a la formación de la Patria perdida en 1521.

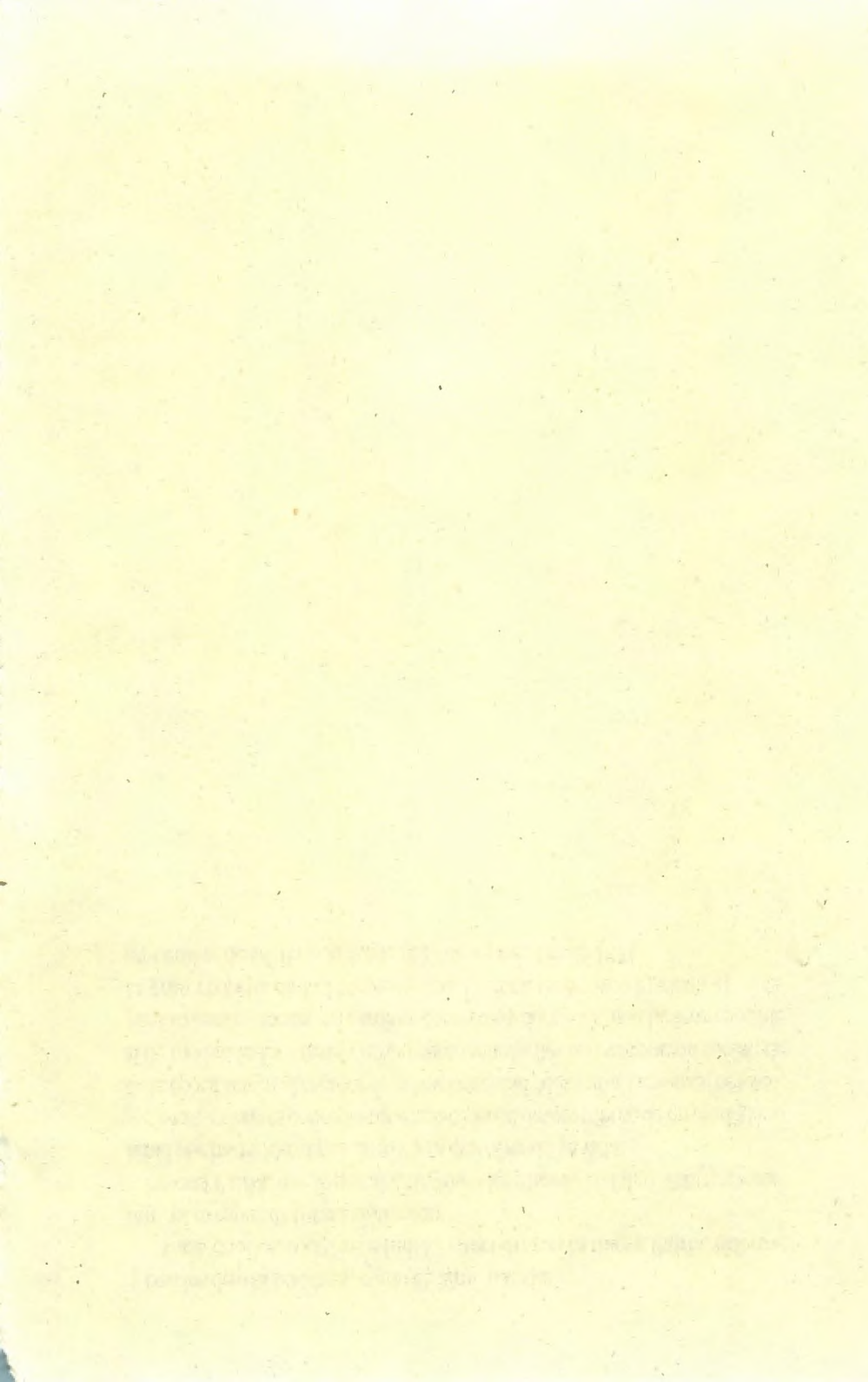
El criollo, desligado de la Patria de sus progenitores, que él nunca conoció, y menospreciada y desconfiada su personalidad en el seno de su propia familia, provisto a la vez de los mismos ímpetus que sus padres españoles, necesitó desenvolver sus sentimientos cívicos orientándolos hacia un hogar, una patria y una nacionalidad, y buscó y encontró la única posible en la que podía encuadrar todos sus derechos y todos sus anhelos: la que él mismo constituyera con su tierra nativa

y con los demás hombres, como él, aquí nacidos.

Y así, criollos, mestizos e indios, engendraron la nueva Patria, informe aún, pero capaz de futura distinción.

A esta Patria, que se gestaba sintióse identificado Hidalgo. Esta nacionalidad por hacer fue la que amó y a la que ofrendó su vida.

Sean los breves conceptos que anteceden al devoto tributo de un ciudadano de la época actual al creador de la Nacionalidad Mexicana, personaje heroico, si de modalidades suaves y emotivas concordantes con su función social, de pensamiento y acción, en cambio, enérgicos y decididos, que hicieron posible la gran epopeya de la Independencia Política de México iniciada el 16 de septiembre de 1810 y concluida el 27 de septiembre de 1821.



INDICE

GENIO Y FIGURA DEL LIBERTADOR Fulgencio Vargas	Pág. 7
HIDALGO, MAESTRO Paula Gómez Alonso	10
DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA: SU PERSONALIDAD VISTA EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO Manuel Quiroz Martínez	20

Este trabajo se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2003.
En los Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Guanajuato.
El tiraje fue de 3000 ejemplares.



Secretaría de
Gobierno

DISEÑO DE PORTADA: DIRECCIÓN DE TALLERES GRÁFICOS.



EDICIÓN CONMEMORATIVA
2003
AÑO DE
DON MIGUEL
HIDALGO Y COSTILLA
PADRE DE LA PATRIA
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO